Navidad en familia

Autor

Miguel Ángel García González

Accésit

Categoría B • 19-30 AÑOS

2020

Autor

Miguel Ángel García González

Salamanca, 1990

Tras finalizar el bachillerato ingresa en la facultad de matemáticas de la Universidad de Salamanca, finalizando sus estudios en Edimburgo. Gana el concurso de relatos Torrente Ballester en 2008 y en ese mismo año el concurso de relatos del IES Vaguada de la Palma. Además, es editor de la revista literaria Pangea, dedicada a publicar literatura fronteriza. Por otro lado, participa en diversas tertulias como Crítica Feroz en Madrid y forma el colectivo Irreversibles con otros cuatro autores Salmantinos. Mediante este colectivo publica dos poemarios Las consolas conquistan las plazas y Caramelo Cowboy; además del poemario escrito junto con José Payan Si dios es. También participa en varios eventos de poesía como el Festival rural de poesía de fricción de Villanueva del Conde y en diversos recitales en el bar Aleatorio de Madrid. Ha publicado alguno de sus textos en fanzines como El cojo Lord Byron y La Fanzine.

PREMIOS:

- *Mención en el III Certamen Maribel López Pérez Ojeda Micropoesias 2019.*
- *Primer premio en el concurso de relatos XXIX Noble Villa de Portugalete 2019.*
- *Finalista en el III Certamen de relato corto Urrike 2020.*
- *Finalista en el VI Certamen literario de la Sierra de Francia 2020.*
- *Accésit en el XXVII Concurso de relatos cortos de Camargo 2020.*

NAVIDAD EN FAMILIA

Miguel Ángel García González

Estaba en el coche con mi hermana escuchando una emisora de música latina cuando saltó uno de esos anuncios que te proponen ayuda psicológica para superar tus problemas. Hablaban de ayudar a gente alcohólica en Navidad porque había mucho riesgo de recaída en esas fechas. No podía separar la vista de la carretera, pero noté cómo Sara me lanzaba una mirada fría, más que la escarcha que tuve que rascar esa mañana en la luna del coche.

Mi hermana acababa de llegar de una especie de estancia no me acuerdo dónde, cosas de la universidad. Me había llamado para que pasara a buscarla a Barajas. Su marido y las niñas estaban ya en casa de mis padres. Estoy seguro de que planificó todo para que ese año no tuviera opción de escaquearme. Otros años me había inventado un catarro o similar para no tener que pasar la Nochebuena de obligado cumplimiento con la familia, pero esa vez no me había dejado más opción: mi coche era la única manera de salir de Madrid, o al menos así me lo pintó por teléfono. Yo ya estaba preparado para unas navidades como las de siempre, empezando la noche en el bar de Donald y terminando en algún antro de Chueca rodeado de tíos babosos que manosean todo lo que se les ponga por delante.

Quizás hubiera reunido las fuerzas suficientes como para subir a alguien a casa; pero no, esa noche no habría charla con Donald, ni garitos, ni nada. Esa noche mi hermana, que muchas veces había demostrado ser más inteligente que yo, me había liado de tal manera por teléfono que, entre el sueño que tenía y lo cabezona que se puso, no tuve más remedio que rendirme. Entonces, ¿a qué venía esa mirada fría después del anuncio sobre alcoholismo? Por fin estaba empezando a tomar el control y no iba a dejar de hacerlo, conozco las consecuencias.

Todo empieza con una semana alocada en la que sales más días de lo previsto. Hay escusa, te lo estás pasando bien. La semana termina siendo un mes y cuando te quieres dar cuenta estás bebiendo alcohol de cuarenta grados a palo seco, sin importar la compañía o la hora del día. No quería volver a pasar por eso y desde luego no iba a volver a ningún centro de autoayuda que me obligara a recordar, porque eso es lo que hicieron en la asociación, hacerme hablar de todas las idioteces que había hecho estando borracho. No dejaban de hundirme el estigma en la frente. Cuando estaba allí, era Bruno el alcohólico; y no fue hasta que me largué cuando pude volver a sentir que mi vida dejaba de estar apantallada por la adicción. Por supuesto mi hermana no sabía que había dejado de ir. De todas formas algo sospechaba, seguro. Tenía que pararle los pies antes de que empezara con la típica charla.

–No les he comprado nada a Laura ni a Luci.

–Bueno, les podemos decir que Papá Noel ha llegado a tu casa por error y que mañana vamos a por los regalos. Te acompaño al centro comercial y les compramos algo, ¿vale?

–Vale.

–Oye… Bruno.

–¿Qué?

–Sigues yendo a la asociación, ¿verdad?

Todo iba bien, no había nada que nos pusiera alerta, que nos hiciera recordar cosas que no merecía la pena recordar… Hasta ese maldito anuncio. Su mente de madre de dos niñas pequeñas recordó

que iba a llevar a su hermano alcohólico, porque para los que te han conocido nunca dejas de ser alcohólico, a una cena familiar en la que todos tomarían vino y champán. Quizás Laura, la mayor, se atrevería a preguntar por qué el tito no bebe como los demás adultos, y habría que esconderlo todo debajo de la alfombra para que la magia de la Navidad no se rompiera.

–Sí.

–Los sábados por la mañana, ¿no?

–Sí. Bueno, he faltado un par de veces.

–Pero sigues yendo, ¿no?

–Sí, sí. Claro.

Intenté poner buena cara mientras me prometía volver cuanto antes a Madrid. Cuando llegara la hora de acostar a las niñas, cogería el coche y adiós. Pondría alguna excusa como que no me había traído maleta o que me había dejado la calefacción encendida. Hasta me daría tiempo a tomar una con Donald. Otro año que Papá Noel no pasa por casa del tito.

–Bueno, quiero que sepas que lo estás haciendo muy bien.

La carretera estaba cubierta por una niebla fina que hacía daño a los ojos. Después de la autovía nos desviamos por la comarcal que llega hasta Riaza. Mis padres son de Segovia capital, pero hace unos años decidieron arreglar la casa donde se crió mi madre. Está a las afueras del pueblo, pegada a la carretera. Todavía me acuerdo de los veranos en esa casa, los trucos que nos inventábamos mi hermana y yo para cruzar la carretera, desafiando las prohibiciones de nuestros padres. Cuando uno de los dos lo conseguía, miraba al otro con aires de triunfador, explorando esa nueva zona que nadie de la familia se había atrevido a pisar, asombrándose de las rocas de formas distintas y las plantas que solo crecían allí, como si el otro lado fuera un verdadero exoplaneta que había que estudiar detenidamente.

La casa estaba rodeada de un muro de piedra muy bajito y rematado por una forja de barras delgadas pintadas de verde. Se unían entre sí para formar una sucesión de rombos con un círculo inscrito en el medio. Recuerdo que veíamos pasar los coches, cada

uno con la cara enmarcada en un círculo, como si fueran los ojos de buey de un barco que atravesara el campo yermo. A veces dábamos la vuelta a la casa y mirábamos a través de los círculos que dan solo al campo, pensando que nos habíamos quedado anclados en ese trozo de tierra para siempre.

Vi a Pablo, mi cuñado, acercarse con sonrisa de buena persona. Su mente práctica ya había previsto que alguien tendría que abrir la puerta de entrada. A través de la niebla vi cómo su mano gruesa, con el anillo de casado apretándole el dedo corazón, descorría el cierre con la seguridad del que lo ha hecho toda su vida, todos los días de su vida. Me sonrió. Intenté devolverle la misma sonrisa mientras metía el coche en el terreno. Un par de plátanos y un ciprés desproporcionadamente grande enmarcaban una vivienda unifamiliar sin muchas pretensiones. Cerca de la puerta se escarchaban un triciclo y una bicicleta con patines.

–¡Hola, Bruno! ¡Cuánto tiempo!

– Sí, ya ves. ¿Qué tal todo?

–Bien, bien. Bastante liados con las niñas, la verdad.

Y todas esas chorradas que se dicen cuando ves a alguien de la familia con el que no tienes nada más en común. Bueno, para ser justos, sí que teníamos un tema del que hablar: a los dos nos encantaba la música; aunque él solo escuchara música clásica y el jazz le pareciera demasiado caótico.

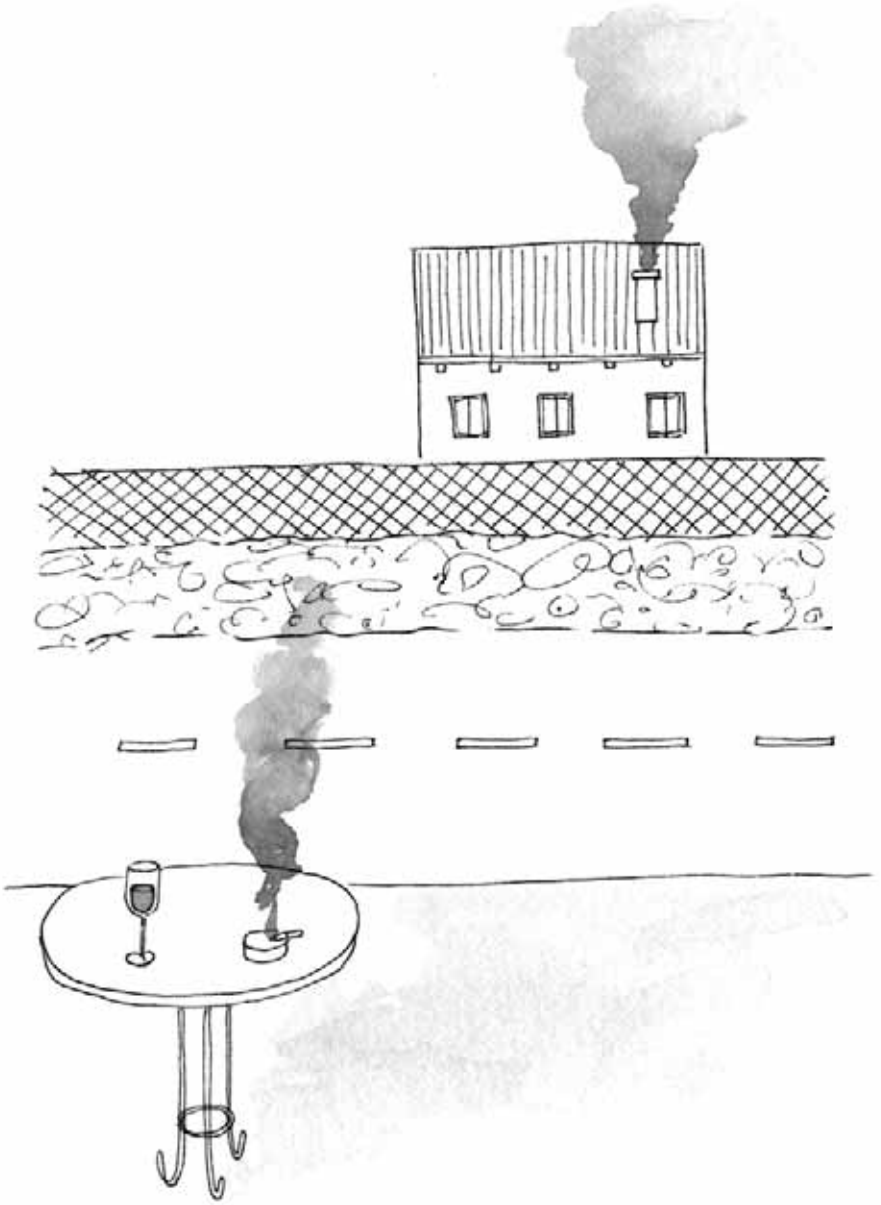
Entré en casa para dejarles un poco de intimidad. De la primera puerta a la izquierda salió mi madre muy efusiva, dándome besos y abrazos.

–¡Bruno!, ¿qué tal hijo?

–Bien, bien.

–Menos mal que has venido, ya me tenías preocupada. ¿Qué tal todo? ¿Quieres comer algo? Bueno, vamos a cenar ya, está todo listo. Tu padre y las niñas están en el salón.

Volvió a meterse en la cocina. Terminé de recorrer el pasillo hasta el salón y ahí estaba mi padre, en el sofá, con un ojo en la tele y otro en las niñas. Jugaban en la alfombra con nuestros antiguos



muñecos de las películas Disney. Laura, la mayor, soltó al genio de Aladín y corrió directa hacia mi. Luci imitó a su hermana. Las habría visto tres o cuatro veces a lo largo de su vida, pero Laura y yo congeniamos enseguida. Recuerdo que un día vino con su madre a casa y desde entonces me tiene un cariño especial. Le encantó la máquina de vinilos, la música que su padre nunca le pondría, las portadas de mi colección de discos de Pink Floyd. Yo también le tenía cariño a Laura, aunque su hermana tenía pinta de ser más lista, no se dejaba impresionar tan fácilmente.

Mi padre se levantó con dificultad. Antes de saludarme escondió una lata de Voll Damm medio vacía detrás del sofá. Recuerdo que cuando salía con alguien me bebía un par de esas antes de quedar. Eso me permitía disimular un poco, pedirme una cerveza en vez de una copa y bebérmela a un ritmo normal.

Fingió alegría cuando me vio, pero no le salió demasiado bien. Sé que era el menos dispuesto a olvidar todas las barbaridades que me había visto hacer. No le culpo, yo haría lo mismo. Seguramente pensara que mi vida seguía siendo un desastre, una vida subterránea que nadie quiere mezclar con la vida de personas decentes como ellos. Me sentía como un vaso comunicante unidireccional entre infierno y paraíso, con el peligro y la responsabilidad que supone ser la manzana podrida del cesto.

Nos sentamos a la mesa y mi madre trajo un par de tortillas. Me levanté para ayudarla. La seguí hasta la cocina y una vez allí me cogió del brazo.

–Disculpa a tu padre, está enfadado porque los del seguro no nos pagan el microondas.

–¿Qué microondas?

–Se fue la luz hace unos días y tuvimos que comprar un microondas nuevo.

–Vaya.

Estaba claro que había notado algo de tensión. La verdad es que no me sentía mal por la actitud de mi padre, era el único que no escondía lo que en el fondo pensaban todos.

Empezó la cena. Laura y Luci usaban cabezas de langostino a modo de lanza en una justa medieval. Pensé que no habría muchos niños que jugaran con cabezas pegajosas de ojos negros y saltones. Pablo intentaba calmarlas. Fue mi hermana la que empezó el cuestionario.

–Bueno, Bruno… ¿y qué tal te va?

–Nada, bien, lo de siempre. Con mucho trabajo. Yendo al gimnasio y esas cosas.

Pablo había dejado de ser juez en la justa de langostinos y empuñaba una botella vino blanco.

–Venga cuñado, ¿te echo un poco?

Mi hermana y mi madre se lanzaron una mirada de alarma.

–No, gracias. Prefiero agua.

Noté como Sara le daba una patadita por debajo de la mesa. Él respondió con un gesto de "estás exagerando". Seguramente mi hermana no le había dado demasiados detalles sobre mi relación con el alcohol. Todavía no se conocían cuando a Sara le tocaba recogerme de la comisaría cada dos por tres con la ropa empapada de vómito.

El resto de la cena no fue tan mal como esperaba. Nos comimos el cochinillo habitual mientras hablamos de temas en los que más o menos pude meter baza. Llegamos a estar de acuerdo en lugares comunes como que los políticos nos engañan o que el cambio climático nos mantiene entretenidos a todos. Después Pablo me hizo un estudio pormenorizado de las características de sus altavoces nuevos. Estuvo bien, solo que quizás no necesitaba tantos detalles para entender que eran estupendos.

Terminó la cena y sacamos los dulces. Las niñas se pusieron a ver dibujos en la tele, mi padre se concentraba en doblar el envoltorio de un bombón y mi madre seguía enzarzada con mi hermana en una conversación sobre política en la que, por mucho que lo intentasen, no quise tomar partido. Sin que nos diéramos cuenta, Pablo había sacado el champán y cinco copas.

–Bueno, habrá que brindar, ¿no?

Se oyó el descorche de la botella como un golpe seco que heló el ambiente.

–A mi no me eches, que no me gusta.

–Venga Bruno, solo un poco, aunque sea para brindar.

Me pasó una copa medio llena. Mi madre miraba a mi hermana con cara de estar preguntando tantas cosas a la vez que si pudiera decirlas en voz alta le llevaría un buen rato. Me di cuenta de que no tenía que haber venido, tenía que haberle hecho caso a ese anuncio de la radio, quedarme en casa tranquilo, ir al bar de abajo, pasar la nochebuena con Donald y sobre todo no dejar que nadie me recordara mi pasado.

Brindé con ellos. Cuando me acerqué la copa a los labios mi hermana ya se había bebido más de la mitad. No necesitaba esto.

–Voy fuera un momento.

Encendí un cigarro en la entrada. Me quedé con la mente en blanco, la mirada clavada en la verja verde. Me imaginé escapando al otro lado de la carretera. Pensé en el cruce como una puerta a un universo paralelo, donde el Bruno de ese universo no era adicto a nada, tenía mujer e hijos y pasaba las navidades en familia como todo el mundo. Mi hermana salió al poco rato.

–Perdona, ya he hablado con él. No entiende eso de que no puedas beber nada.

–Vale, no pasa nada.

–No habrás…

–¿Que si he bebido? No, no he bebido.

–Vale, vale.

–Solo me he mojado los labios.

–Vale. Te creo. Dame una calada, anda.

–¿Pero tú no lo habías dejado?

–Casi.